

Lo que sigue son unas notas que escribí para celebrar los 40 años de la UAM

No se sirva ahora para pensar sobre estos horrores del 19 de septiembre de 2017. Aún así lo comparto pues en medio del dolor aún no puedo escribir de ello... han de pasar días y cuando me sienta a salvo, escribiré... por ahora reflexiono y mido...

Me asustan las personas, los temblores me asombran...

**LGV**

### **Vivir en una comunidad universitaria abierta al tiempo en tiempos de sismos**

Lilia Granillo Vázquez:

Pocos minutos después de las 11: 30 del martes 20 de marzo de 2012, en el segundo piso del Edificio B de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, terminó la clase. Se trataba de la Unidad de Enseñanza Aprendizaje -- comúnmente abreviada *UEA*-- “La investigación, técnicas y procedimientos”, que había comenzado a las 10:00 en un salón del segundo piso del edificio “B”. En mi comunidad universitaria, las clases se llaman *UEAS*; y en la División de Ciencias Sociales y Humanidades duran 90 minutos. Es decir que las materias no se llaman materias y las facultades tampoco se llaman facultades; ni la hora de clase es de 60 minutos. Y en mi universidad, el avance en las carreras no se mide en semestres, se cuentan los trimestres, jornadas intensas de diez u once semanas de clase y dos de exámenes. Más aun, los exámenes no se llaman “finales” ni “extraordinarios”, sino “globales” y “de recuperación”. Así es la UAM. Nombra las cosas a su modo y construye realidades; amplía horizontes y favorece los cambios desde hace más de 40 años, antes de que creatividad, *emprendurismo* o innovación incidieran, como hoy, en la educación superior.

Los edificios tampoco tienen nombres: se identifican con las letras del alfabeto. Creo que cuando llegué ahí hace más de 35 años, sólo estaban unos 5 edificios: recuerdo el

---

· Lilia del Carmen Granillo Vázquez es profesora Titular C del Departamento de Humanidades y pertenece al Area de Literatura. Es responsable del Cuerpo Académico CA UAM 105, estudios culturales, género, lenguajes y sustentabilidad. En 2016 cumple 35 años de servicio. Calcula que ha dado clases a más de 5 mil uamitas.

C de rectoría; el E y el B para salones (perdón, aulas), y el H con los cubículos para el profesorado y las oficinas académicas de las tres Divisiones. Algunos no tenían puertas y a otros les estaban poniendo ventanas. Tampoco existía el muro, mitad cemento, mitad alambrada, que la rodea ahora. Asentada en una antigua hacienda, “El Rosario”, la circundaban ranchos, pastizales y algunos huertos. Así que de tarde en tarde, una que otra vaca entraba a los jardines y prados; esa desfachatez bovina me hacía reír. También sonreía por las mañanas, en la clase de las 8:30, con el santo olor de la panadería, la BIMBO, no tan santa; pero que queda muy cerca. Y pocos queríamos estar cuando, por la tarde, hacia las 16:00, escapaba el olor a hueso quemado del Rastro Ferrería, que también quedaba cerca. Entonces tampoco había gimnasio ni galería de arte como hoy. Eso sí, el auditorio *Incalli Incahuicoxpa*, en náhuatl, siempre ha estado ahí, como el lema de mi comunidad “Casa Abierta al Tiempo”, uno de los mejores para una sociedad del conocimiento ¿o no? Todavía recuerdo la construcción de la magnífica Biblioteca, frente a la Plaza Roja, y la del edificio D, paralelo al B y del T, que alojaría los servicios de cómputo. Para entonces, finales de la década de los 80’s, yo ya había aprendido a usar la computadora de escritorio, en casa, “mi otro cerebro”; y la impresora *printaform*, con hojas perforadas; y para las comunicaciones a distancia se había abandonado el *Telex* por los *faxes*. Por eso, por que en mi comunidad llegaron computadoras y tuve que aprender a usarlas, pude llenar la solicitud del Sistema Nacional de Investigadores, el SIN, tuve que aprender esas habilidades. En la UAM conocí las primeras fotocopiadoras, aparatos enormes, ruidosas, cuyas luces parpadeaban por arriba y por abajo, por detrás; y que sustituirían a los estenciles y al papel carbón. Con tanto cambio, actualización y adelanto, ni me enteré de cuando levantaron el edificio W con auditorios, aulas y laboratorios totalmente digitalizados.

Aquel martes, como era final de trimestre, unos 5 estudiantes rodeaban mi escritorio y me asaltaban con preguntas. -“Entonces Doctora”, (no consigo que me digan “Lilia”, ese afán nuestro, de mayores de 60, *sexadolescentes* de seguir aparentando juventud) — “¿ya tengo que comprometerme con un tutor. Psss?”— me dice un joven alto, musculoso, recio. Usa siempre una chamarra azul marino con capucha, chamarra de pants; me había contado ya que trabajaba por las noches en un bar, como personal de

seguridad. Pienso en los esfuerzos del estudiante por atender la universidad, su *Casa Abierta al Tiempo*. Y recuerdo, con cierta punzada en el corazón (cosa de viejas, diría mi hermana mayor, todas maestras), cómo lo regañé las primeras clases, cuando dormitaba en mis exposiciones. Respondo sonriendo y mirándolo a los ojos, para darle confianza: “O con una tutora, que hay muchas”. El joven grandote se ríe, da un paso atrás, y me responde: “!Órale, si hasta cree que una profesora va a saber de antros , *tabledances* y la explotación sexual infantil?”.

Pienso que yo nunca he estado en un antro; y en todo lo que habrá visto este joven de 21 ó 22 años, que quiere ser abogado penalista, pues se sabe *todas las mañas para meter y sacar gente de la cárcel*. Sin saber qué contestar, empiezo a guardar mi *laptop*, (que sustituyó el gis y el borrador) mis listas, y los ejercicios que llevo para esa clase. Una vocecita más aguda me saca de mis cavilaciones sobre los intereses actuales de los futuros trabajos terminales, lo que en otras universidades llaman “tesis de licenciatura” : --“¿Y a mí, a quien me recomienda para la explotación sexual infantil o los derechos de los migrantes? Ya sabe que todavía no estoy segura del tema de la tesina, pero que me urge titularme”--, me dice una chica de cabello largo lacio, lacio, peinado *a la baba* sin maquillaje. Levanto los ojos y la miro, le digo: “Que no es tesina, que es trabajo terminal, que así lo llamamos aquí”. Pienso en que las monjas me enseñaron allá en 1960 que no se hablaba de babas ni de sudores, de ningún fluido corporal, menos de cuestiones sexuales en público. Ella viste una playera temática que evoca algún aspecto mítico de Frida Kahlo, una Kahlo con cuencas vacías de calaca, entre Medusa y La Catrina. Pienso en la pobre de Frida que se volvería a morir si vieran lo que el consumismo y la mercadotecnia han hecho con su lucha de clases y su pintura *dolorista*. Compruebo que esta chica tan valerosa necesita una palabra de aliento, un estímulo. Es de las mejores estudiantes, entonces le sonrío y le rezongo, entre desafiante y burlona:

--“¿Cómo qué no? Por Dios, mujercita, has estado ya 5 meses de Servicio Social en el Instituto Nacional de Migración. Nos has contado aquí las iniquidades, las infamias del maltrato que sufren esos refugiados, desplazados económico--ambientales, esas personas del Sur que viajan en el tren “ La Bestia”. Casi lloramos cuando nos contaste que las mujeres

llevan píldoras del día siguiente por si las violan, y otras cosas terribles. Además, estas ya trabajado con quienes van a proponer que le den el Premio Nacional de Derechos Humanos al Padre Solalinde. Recuerden que el profesor de Sociología, Manuel Pretelyn, lo está invitando a la Universidad para el otro trimestre. Creo que tienes la información suficiente y podemos investigar sobre la responsabilidad social, civil, penal, etcétera, de las empresas ferroviarias, varias extranjeras, las compañías dueñas de “La Bestia”. ¿No es eso lo que dijiste al principio de la clase”.

Volteo a ver a mi alumno, “el sacalocos” que de personal de seguridad pasará algún día a trabajar en tribunales y les digo. “¿Han pensado en formar un equipo e investigar juntos? Comparten el objeto de estudio, los derechos de la infancia...”

Pienso en que el joven estará así más protegido, si cuenta con los contactos de la joven; y en que la futura defensora de menores tendrá un guardaespaldas. Insisto: “Así los dos pueden acercarse a *Save the Children* y a la UNICEF. La UAM, el Rector, el Director de División o el Jefe del Departamento de Derecho, les darán una carta de presentación”. La nueva pareja desconecta los cables para ayudarme a guardar el equipo y platican entre ellos.

Así yo puedo atender los que están todavía en el salón. Un par de estudiantes murmuran algo sobre que ya es tarde para la otra clase y que me buscan en mis horas de asesoría, en el cubo, me dicen adiós. Pienso en esos horarios seguidos, que termina una clase a las 11:30 y la siguiente comienza a las 11:30, pero en otro edificio. O sea, como todavía no se otorga el don de la ubicuidad, a correr por los pasillos desde el edificio B hasta el edificio K, a subir o bajar escaleras, cargando equipo, proyectores cañones en sustitución del pizarrón, listas, libros. Agradezco mentalmente a los y las que manejan los salones, al ingeniero G o al Sr. M, pues siempre les pido que me junten los salones en el mismo edificio, o qué mejor si me ponen todas las clases en uno (Casi siempre lo logro, cuando no, añoro el patín del diablo aquel que me dieron de regalo en la escuela de monjas cuando terminé la secundaria ). Confirmando que ninguna profesora está esperando que yo desocupe el aula para ella tomarla y les digo a los que siguen esperando. “A ver Ustedes, ¿qué quieren?”.

Se acerca otro joven, uno muy formal, de habla más ordenada, que siempre lleva una novela o un ensayo literario bajo el brazo. Me pregunto si será aquel que semanas antes regañé, cuando comenzó a pasearse por ARIADNE, el catálogo de la Biblioteca Nacional de España en la sesión de Taller de manejo de información avanzada en la biblioteca, taller que ideó el Lic. F. Jefe de la Sección de Documentación (Coordinación de Servicios de Información, COSEI, por su nombre oficial). El regañado abandonó *vLex*, información jurídica en línea, para pasearse virtualmente por la Castellana de Madrid y ver qué literatura encontraba allá. Mientras me paseaba entre el alumnado revisando las búsquedas en pantalla, lo vi saltando de una a otra entrada, entonces le pedí que regresara a los objetivos de investigación de su trabajo terminal y dejara de jugar. Me recordó que su padre era el abogado, y que le condicionaba el apoyo para estudiar a menos que se preparaba para heredar el bufete:

--“¿Ya se le olvidó que le dije que yo siempre quise ser escritor? Es mi papá el que insiste en que me titule de abogado. Me gustan Elena Garro, Borges y Fuentes y la Poniatowska. Andaba buscando escritos sobre el juez Garzón, literatura, narrativa sobre la memoria histórica en España. Por cierto – volteó la vista al grupo, zalamero, “barbero”, dijeron sus compañeros— ¿ya vieron en el *face* de la maestra sus foto con Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez? Hasta tiene una con Vargas Llosa, mejor hablemos de eso , profesora”.

Ahora – seguro de sí— me dice:

-- “De la crónica, quiero que me recomiende lecturas sobre crónica jurídica. Ya vi las correcciones que me hizo en el informe de la investigación de campo a la Junta de Conciliación y Arbitraje, y dice Usted que parece una crónica. ¿No cree que puedo visitar tribunales y juzgados y escribir varias crónicas? Sobretudo por que esta cambiando la justicia en el país y ahora tenemos eso de los juicios orales ¿Sería eso un buen trabajo terminal? Así me voy preparando para luego inscribirme a la Maestría en Literatura Mexicana de dan en su Departamento. A lo mejor hasta Usted es mi tutora cuando escriba sobre Montemayor o sobre la guerrilla urbana de los 70s...”

Pienso que sí, que es el mismo barbero, adulador de la biblioteca y sonrío para mis adentros. Pienso que llegará lejos, y que si, que Derecho necesita más escritores. Me gusta ganarme la confianza de mis estudiantes, recuerdo a las monjas y profesoras que tuvieron fe en mí y me impulsaron a estudiar. Dueño de sí mismo, me quita la *lap* de las manos y sube mi maleta con ruedas en la mesa. Comienza a guardar todo, mientras yo recuerdo que obtuve el proyector y una computadora portátil cuando me dieron el nombramiento de Profesora con Perfil Deseable del Programa para mejoramiento del profesorado, PROMEP, cinco años antes. Pienso en que tiene un foco muy bueno pues no he tenido que cambiarlo y lo uso mucho, todo el trimestre, agradezco los programas de estímulos que me obligan a actualizarme. Y me río para mis adentros cuando recuerdo al profe que se niega a usar multimedia en las clases y que suele decirnos. “Tics, ¿qué es eso? Tics para los nerviosos, a mi me basta la *Mont Blanc*”, mientras muestra orgulloso la antigualla de pluma que usa hace más de tres décadas y que dice que le dieron de premio por ser él *todo un poema*.

De pronto, súbitamente comienza a sonar algo que nunca antes había escuchado, un sonido muy fuerte, a intervalos, entre trompeta y alarma de carro, que me distrae de mis pensamientos de fin de clase. Interrumpo mis cavilaciones de 30 años de servicio en la UAM, mientras el *estudiantepésimoabogadofuturoescritor* me dice: “Oiga doctora, y si mejor ... --cambia el tono y sube la voz-- Vámonos, vámonos ya, véngase doctora”. Me quedé alelada pensando qué suena, qué es eso... y como los veo soltar mis aparatos y correr los tres hacia el pasillo, me pregunto qué les pasa. “Ve por ella, traétela”— le dicen a la joven cuando se dan cuenta de que estoy casi paralizada, mientras por la puerta del salón alcanzo a ver la desbandada de otros salones, todos y todas corren por los pasillos del B. Sigue el sonido y se oyen los pasos y las carreras. Yo me pregunto qué sucede, el sonido evoca en algo a las alertas de próximo bombardeo o de los *air raids* de las películas de la II Guerra Mundial. *Lilia en que estás pensando* me digo, mientras la chica del Instituto de migración se me acerca como en cámara lenta, caminando. Me doy cuenta de que nadie corre, todos caminan y que soy yo la que desea correr y no puede. Creo que estoy diciendo, ¿qué les pasa, qué sucede? Pero no estoy segura de si lo digo o lo pienso. Mi alumna me toma de la mano y me dice: --“Vámonos doctora, es la alerta sísmica, vamos, tenemos que dejar el salón ya”.

Miro la puerta como si fuera a entrar por ella aquello que el sonido preside, y percibo que la *malatrompetaalarmabélica* persiste y que mis aparatos y mi bolsa y el celular apagado siguen en la mesa, reacciono despacio, me doy cuenta que soy yo la que está en cámara lenta, ellos en control total, y le digo : --“ ¿Alarma sísmica? ¿Y mis cosas? ... “. – “Véngase, vámonos” y me toma de la mano, mientras el futuro escritor se regresa y me dice: --“¡Ándele!, ya están bajando todos, faltan unos cuantos segundos para que empiece el temblor”. Sin tocarme, con su presencia, me impulsa a dejar todo. Cerca de la puerta volteo a ver mis cosas, y me dice con una sonrisa, “¿Ya oyó el altavoz?”. Entonces entiendo lo que una voz ronca, robótica, inhumana, de androide repite: dos palabras terribles, *alarma sísmica, alarma sísmica, alarma sísmica*. Los cuatro, el *sacalocos*, la *protectoradeinmigrantes* y el *abogadoprófugo* ya estamos en el pasillo y luego en el umbral de las escaleras del segundo piso del B, cuando me paralizó de nuevo. Ahora sí, se cimbran las paredes y los peldaños parecen acercarse y alejarse, igual que las paredes laterales. Pierdo el equilibrio, bueno es un decir, lo tenía perdido desde antes, desde que sonó la *trompetandroide*; comienza ese mareo que me aqueja con zumbido de oídos y dolorcito de cabeza seguido de un olor extraño. Mi mente *multitask* vuela al sismo de 1985, al temblor, como le decimos. Regresan las imágenes de Tlatelolco destruido, de los edificios derrumbados ahí por el Monumento a la Revolución, del Estacionamiento y la Torre de Sears Lindavista, cerca de UAM, colapsados con las decenas de automovilistas muertos ese septiembre a la hora de ir a la escuela. Recuerdo que de la UAM salieron cuadrillas de rescate, que los ingenieros con sus estudiantes construyeron albergues e inspeccionaron vecindades y casas, que en el Departamento nos organizamos para verificar el bienestar de profesoras, profesores, secretarias y todos, pues había que saber dónde y cómo nos había ido en el temblor, y comenzamos las colectas y donativos. Sí, mi comunidad universitaria se ocupaba de sus habitantes cuando hay incendios, temblores o inundaciones. Y dado que ahí se gesta conocimiento, sabemos qué hacer. Me río para mis adentros en medio del temblor y con mis tres *estudiantescuidadores*, cuando recuerdo que el Dr. C, uno de los brigadistas del 85, nos contaba que con un grupo de estudiantes se puso recorrer vecindades de la Colonia Guerrero, para revisar condiciones sanitarias y dar una que otra recomendación de higiene --él era *químicofarmacobiólogo*--. Nos contaba que

llegó a un edificio al parecer no tenía daño, pero sus habitantes dormían en la calle, a la intemperie, sin alejarse de la vivienda, sin entrar en ella. Los damnificados –así los llamamos— dijeron al ver al grupo universitario: “Ya llegaron los ingenieros, son de la UAM, vengan, pasen a ver el edificio, ¿será seguro, se va a caer?”. El Dr. C, con su bata blanca bordada con el emblema rojo de *Azcapo*, de la M barroca de la UAM, se detuvo. Ni que iba a saber de estructuras ni de cimientos, de resistencia de materiales; casi se arrepiente de haber ido ahí. Y ahora cómo desilusionar a los vecinos descubriéndose, “soy biólogo”. Entonces, nos decía, mis estudiantes me salvaron. Dos o tres de ingeniería civil se le adelantaron y le dicen, “Véngase Doc, vamos a inspeccionar esto”. Y sí, el edificio estaba seguro y sus habitantes podían regresar a lavarse las manos, bañarse y cocinar: eso dictaminaron sus muchachos, los jóvenes de décimo trimestre que lo acompañaban, Y el Dr. C, biólogo, firmo la hoja para que los vecinos regresaran a sus casas. La UAM es interdisciplinaria, por eso, los biólogos le dan clase a los constructores y las mujeres de letras enseñamos investigación documental y de campo a los abogados.

Regreso al temblor. Me doy cuenta de que ahora mis *tesistas* me dicen a mí, “Véngase doctora, vamos a bajar la escalera, ándele”. Pienso en la puerta abierta del salón y mis bártulos en el escritorio, mis llaves del coche. ... Delante de mí baja el futuro penalista: a mi lado izquierdo, junto a mi, tomándome de la mano, baja conmigo la futura protectora de mujeres mientras con la mano izquierda yo me apoyo en el barandal, atrás de mi va el escritor, que me dice, “ No se preocupe por sus cosas, estamos evacuando, nadie se detiene. ¿Lo ve? No corro, no grito, no empujo”. Y bajamos muchos y muchas, unas 6 o 7 personas por peldaño, sin correr, sin gritar, sin empujar, y yo me dejo llevar por el estudiantado que sabe, por mi comunidad que me enseña y me protege, y me ayuda a madurar.

Veo que otras profesoras vienen bajando del tercer piso y me voy sintiendo más segura. La alarma sigue sonando, pienso en que me la tengo que aprender, saber reconocerla. Llego a la planta baja y veo cuántos estudiantes, profesores y administrativos –como llamamos a los y las demás— ocupan ordenadamente la explanada. Me voy sintiendo más tranquila, pero al pie de la escalera me detengo otra vez. Y ella, mi alumna, me dice jalándome de la mano, “Véngase, vamos a la zona



segura, ese círculo verde ahí, en el estacionamiento, lejos del edificio”. El alumno barbero se me adelanta y me dice, “Ándele que estamos estorbando, todavía tienen que bajar más, ándele que sigue temblando”. Caminamos de frente hasta la zona que me indican y ahí se quedan conmigo, mientras van llegando más y más miembros de la comunidad con la que me identifico.

Comienzo a sentirme en mi casa. Volteo a ver las escaleras, siguen bajando algunos, dejan despejado el pasillo, caminan despacio, nadie grita, ni se altera, todos y todas en orden, saben qué hacer. Mi estudiante el penalista me dice “Tenga, me traje su celular, querrá saber cómo están sus hijas, ¿o no? Ya dejó de temblar.” Entonces los miro a los tres, y pienso, *ay Lilia no vayas a llorar, mira qué lindos muchachos, mira cómo te trataron, cómo te acompañan, pero no llores*. Los veo y les sonrío, “Oigan, entonces, ya podemos ir por las cosas”. Se ríen los tres. “No profesora, me dice ella, ahora van a revisar que todo está bien, por que estuvo fuertecito. Mire”--, lo dice señalando a un compañero vigilante que pasa en bicicleta por el pasillo, con una radio en la mano y creo que va diciendo cómo ve las cosas y cómo ve la evacuación. De frente al edificio B, veo también que desde el segundo piso se asoma al patio la Lic. B, que camina con un chaleco que dice “Protección civil” encima del traje sastre y con sus tacones va recorriendo el pasillo, confirmando que nadie se haya quedado en los salones, y cierra las puertas, y avisa por radio algo. La alumna me dice son los de protección civil, voluntarios y voluntarias; orgullosa señala “Yo tomé hasta cursos de primeros auxilios con ellos”. Entonces les digo a mis guardianes: “Ustedes son de la generación no corro, no grito, no empujo, ¿verdad?”. “¡Claro! --responden-- . Y esto todavía no termina, mire como siguen revisando todo”.

Por el altavoz se confirma a la comunidad, --así nos llamamos-- que hubo temblor, que duró tantos segundos y que se procede a revisar las instalaciones, que permanezcamos en las zonas seguras. Un profesor cerca de mí dice. “Pues ya no hay clases, ya me voy”. Se dirige a su auto cuando un estudiante le comenta. “Profesor, están cerradas las puertas de la calle todavía, quiere decir que no se puede ir. No mueva el carro, quédese aquí”. Sin contestar el profesor sigue su camino, llega hasta la puerta del coche e intenta abrirla cuando se le acerca el vigilante en bicicleta y le dice: “Profesor, estamos revisando instalaciones. Parece que hay daños en edificios

aledaños. Por eso nadie puede salir ni entrar. Espere a que den más ordenes”. Miro admirada al estudiante que le dio lecciones al profesor que de mala gana se regresa. Pienso que no soy la única que aprende del estudiantado.

Recuerdo que mis alumnas ingenieras fueron las primeras en crear un aula virtual para las clases de comunicación, cuando a finales del siglo pasado empezaron los *Google Groups*, espacios virtuales interactivos, y me dijeron que ya no querían que yo dejara los apuntes en las fotocopias, que mejor se los diera con la lista y ellas los escaneaban y así éramos ecológicas. Ahora tenemos hasta diplomados virtuales y doy conferencias *multimedia*. Pienso en la autoridad que reviste a ese vigilante que gana una décima parte de lo que cobra el profesor, y creo que me gusta la dignidad en la comunidad. Miro a mis 3 guardianes y les digo. “Gracias muchachos. ¡Qué gran lección me han dado!” Pienso que ahora sí se irán. Pero ya están platicando con otras y de vez en cuando se voltean a mirarme. Ninguno se burla de mis miedos o mis tonteras de querer recogerlo todo. Imagino que me vigilan para que no entre en pánico, seguramente se dieron cuenta de mi inutilidad cuando sonó la alarma.

Uno se acerca y me dice, “¿Ya habló con sus hijas? Bueno, con la que vive en México, que la otra está en Chicago”. ¿Mis hijas? ¿Hablo de mis hijas en las clases? ¡Qué poco profesional! Me consuelo con esto de que digo que en la UAM vivimos en comunidad, y que a mis hijas también las educo la UAM pues fueron de chiquitas a la estancia infantil que se abrió para el personal, justo a la vuelta. Mando mensaje a la hija que vive en Chicago, en una comunidad universitaria como la mía, y llamo a la de la Colonia Cuauhtémoc cerca del Ángel, que se cayó en el sismo de 1957. Los celulares funcionan, ¡que bien! La de Chicago contesta “Gracias por avisar”. La otra hija dice que no lo sintió, que ella estaba en su universidad en Xochimilco y que allá se siente muy poco. Pero que estaba preocupada por que la radio dice que en Azcapotzalco se sintió muy fuerte, que hay edificios dañados y se cayó un puente peatonal. Le contesto segura y contenta: “Estoy bien, acá en la UAM nos dejaran salir cuando todo esté en orden y no haya peligro”. “Qué bueno mamá, quédate ahí, que estarás más segura”. Serán las 13:20 cuando el altavoz nos dice que habrá que evacuar la Universidad. Que hay sólo una puerta de salida y que esperemos las instrucciones. Que primero saldrán los estudiantes, saldrán los peatones. Y yo, admirada de la organización ante la

contingencia, me pregunto cómo vamos a salir por una puerta las 10 mil almas o más, que vivimos en UAM—A cada día. En eso baja la Lic. B, que estaba recorriendo los pasillos y cerrando las puertas. Cuando me acerco para preguntar si todo está bien, -- pienso en mi bolsa y mis cosas-- me dice: “Todo está bien en el B. En el tercer piso la Doctora Teresita y dos alumnos no pudieron bajar pues la chica está enyesada y con muletas, así que se quedaron con ella, pero se pusieron a resguardo. Esperen a que bajen y luego a la orden de que suban Ustedes por sus cosas”. Pienso, ¡qué maravilla!, lo saben todo, lo tienen previsto. Y en que yo no hubiera sabido qué hacer con una estudiante en situación vulnerable, tengo que aprender lo que mi compañera Teresita. ¿Qué hubiera sido de mí sin mis estudiantes, sin mi comunidad de enseñanza— aprendizaje, sin mi sociedad del conocimiento? Repaso cuánto me he superado, cuántos he aprendido, cuántos desafíos enfrentados y cuantas vivencias, todas ricas, tengo al formar parte activa de esta comunidad, al vivir ahí. Aquí, me impulsaron a ser profesora universitaria, a desplazarme por el horizonte educativo desde las letras por todas las carreras, a ser investigadora, a escribir, a seguir un doctorado, a tomar un posdoctorado, a solicitar becas y estímulos... Tengo dos casas, la mía, donde duermo, y la Abierta al Tiempo, donde vivo; lo demás es casualidad. Mi estudiante me dice, “Ya vienen bajando. Usted quédese aquí; yo voy por las cosas”. Para entonces estoy profundamente enamorada de mi casa y de mi comunidad, del alumnado. Decido contemplar al objeto amado. Baja Teresita con la alumna enyesada y el estudiante, un gigantón, que le ayuda. Todos y todas aplaudimos, felices. Y me pregunto que sigue, ahora qué... Hacia las 1400 y tantas, comienza el desalojo de estudiantes. No puedo creer lo que veo. Vienen columnas de 4 en 4, caminando ordenadamente por los pasillos de salida del edificio B, chicos y chicas desde los edificios de atrás, del P, del M, del fondo de la Universidad, y vienen cantando, cantando, después del temblor. Se dirigen a la calle, nadie corre, nadie grita, nadie empuja, todos y todas cantan. Me pregunto ¿quién les enseñó esto? ¿De donde les viene esta manera de enfrentar una situación tan crítica? ¿Qué más tengo que aprender de mi comunidad?. De mi ensimismamiento me saca la voz de mi estudiante: “Ya están saliendo los coches, Maestra, ya se puede ir, ya guardamos sus cosas en la cajuela”. Le digo que estoy disfrutando la evacuación, que nunca había visto un grupo más hermoso de jóvenes,

cantando tras la crisis. “Pues no se puede quedar aquí, así que vámonos”. “Muchachos, ¿quieren un aventón? ¿Hasta el metro?” –pienso que mi primer coche me lo regaló mi padre cuando entré a la Universidad a estudiar la licenciatura; y que el segundo lo compré con un crédito que me dio la UAM, por trabajar ahí. Bien informados, bien capacitados, me dice uno de los estudiantes, “Pero al metro Ferrería o a otro hacia el centro, por que se cayó ... lo estoy leyendo en el celular-- *trabe de puente peatonal sobre cruce del eje 5 norte y avenida de las culturas por el sismo de las 12:02* “. Y en mi comunidad nada se cayó, todo bien cimentado y fuerte: Casa abierta al Tiempo.